

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Después del Concilio	1
Concepto y práctica de la Comunión Eclesiástica en la historia de la Iglesia	9
Empleo de laicos en la Iglesia	18
Las causas de la Reforma	25
Bosquejos del Antiguo Testamento	33
Bosquejos para Sermones	41
Instrucciones para el Pastor	47

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 50

Segundo Trimestre - 1966

Año 13

DESPUES DEL CONCILIO

El gran concilio ha llegado a su fin. Mientras el primer Concilio Vaticano nunca pudo ser llevado a su conclusión sino que debió ser prorrogado por tiempo indefinido a causa de los acontecimientos políticos en Italia, el segundo Concilio Vaticano después de haber sesionado durante tres años (con ciertas intermitencias) en medio del tiempo más crítico de la historia mundial pudo llevar a su término su trabajo y ser clausurado solemnemente. Si un concilio convocado por el Papa pudo reclamar para sí el título ambiguo "ecuménico" —recuérdese p. ej. el título "patriarca ecuménico" o la expresión "consejo ecuménico de las iglesias"— entonces este título correspondió al Vaticano II. De uno u otro modo, todos estaban presentes: los ortodoxos y anglicanos, los luteranos y calvinistas, los metodistas, congregacionalistas y la Iglesia Evangélica de Alemania, los cuáqueros y unitarios, no ciertamente como padres conciliares, sino como huéspedes honrados cuyos sentimientos fueron respetados y cuya opinión con respecto a esta o aquella formulación teológica a veces fue sondeada. Pues sus dirigentes contemplaron ya detrás de este concilio un otro concilio al cual ninguno de los hombres actuales podría asistir, un concilio futuro, en el cual se realizaría la gran esperanza de la cristiandad presente de las confesiones y denominaciones más diversas en una "Iglesia unificada del futuro". En tal sentido este concilio pertenece no solamente a la historia de la Iglesia Católica Romana, sino también a la historia del movimiento ecuménico que desde hace 50 años conmueve a la cristiandad. Con la entrada de la iglesia cristiana más grande al movimiento ecuménico —que no debe ser confundido con ninguna de las organizaciones creadas por él— este movimiento se hizo "católico", y Roma se hizo ecuménica, lo que ya se expresa con la aceptación del significado moderno de "ecuménico" en el sentido de "lo que com-

prende a todas las confesiones". Junto con los dos programas ya existentes de la unificación ecuménica de las iglesias, el pietista-entusiasta y el anglicano, se presenta ahora como tercero el católico-romano. El primero se remonta al pietismo del siglo XVIII, y halla su expresión formal en los movimientos protestantes de jóvenes cristianos como también en la misión mundial del siglo XIX y XX. Su idea principal fue y es: La unidad invisible de los hijos de Dios dentro de las diversas denominaciones *debe transformarse en la unidad visible*, si todos se reúnen alrededor de la Palabra de Dios en la oración, en el trabajo por el "reino de Dios" y en el estudio común de las Sagradas Escrituras. Entonces el Espíritu Santo *debe realizar y realizará el gran milagro haciendo visible la Una Sancta*. El programa anglicano formulado definitivamente en el cuadrilateral de Lambeth de 1888, basado en las ideas anglicanas del siglo XVII referentes a la restitución de la unidad perdida de la iglesia visible, y repetido por todas las conferencias de Lambeth hasta el año 1958, busca la unidad en la doctrina de la "Iglesia antigua no dividida" y en el "episcopado histórico" con la sucesión apostólica. Ambos programas encontraron su realización en el Consejo Mundial de Iglesias y en las numerosas uniones de nuestro siglo entre iglesias nacionales y locales, inspiradas y patrocinadas por este consejo, especialmente en los campos de misión. Al lado de estos se pone ahora el programa de Roma: Una profunda renovación de la Iglesia Católica Romana que equivale a una reforma, debe facilitar el regreso de los hermanos separados del oriente y del occidente. No se trata en el concilio de la unificación en sí, sino de su preparación, y de hacerla factible por la renovación de la iglesia. Tal es el programa presentado por Roma en un tiempo en el cual el movimiento ecuménico representado por el Consejo Mundial de Iglesias ha entrado en una crisis profunda. Tal crisis significa que tanto el programa entusiasta-pietista como el anglicano demostraron ser irrealizables, porque sólo pueden llevar a uniones localmente limitadas, pero nunca a la unificación de la cristiandad entera. Esto se hizo evidente en el momento cuando Roma quiso comenzar el diálogo con las demás iglesias. El Consejo Mundial no está en condiciones de discutir sobre cuestiones doctrinales. El mismo debió reconocerlo dejando nולים volens el diálogo en manos de las iglesias confesionales, lo que en su

significado ecuménico fue reconocido por Ginebra: a los ortodoxos, anglicanos, luteranos, calvinistas, metodistas, congregacionistas. Las numerosas iglesias unionistas de Asia y África deben quedar mudas, porque cada una de ellas tiene una diferente base doctrinal. Tampoco la "Iglesia Evangélica de la Unión" y la "Iglesia Evangélica en Alemania" pueden ser interlocutores en el diálogo dogmático con Roma, a menos que realicen para este fin la "itio in partes", es decir, que se desdoblén en los grupos confesionales de antes. De este modo el programa ecuménico del Vaticano II. enfrenta a todas las iglesias cristianas con nuevas cuestiones que requieren una respuesta.

II

Antes de abordarlas trataremos de comprender el cambio profundo que se operó en el catolicismo romano durante este siglo. ¿Qué hay detrás de este cambio ecuménico? El protestante se siente inclinado a interpretar tal evolución en la Iglesia Romana como una expresión de política eclesiástica. Todos saben naturalmente que en Roma también se hace política eclesiástica, y esto en grande estilo y con éxitos no igualados por otras iglesias. Pues política eclesiástica siempre hay allí donde los hombres tratan de ayudar un poco al Señor en el gobierno de la Iglesia. Pero para comprender realmente el desarrollo en el catolicismo moderno hay que saber que se trata de un movimiento religioso y profundamente espiritual. *Roma se encuentra en el camino a una reforma.* Cuál será su forma y cuáles sus últimos resultados, nadie podrá decirlo. La resistencia apasionada opuesta por el cardenal Ottaviani a las tendencias de renovación de la mayoría del concilio se explica por el temor de los conservativos de que la reforma intencionada signifique en realidad una revolución y al fin la destrucción del catolicismo. Es algo asombroso cómo el cuerpo gigante de la Iglesia Católica, la iglesia mayor de la cristiandad, esta institución aparentemente rígida y sin dudas más conservativa entre las iglesias cristianas, empezó a moverse. Treinta años atrás sólo confidencialmente podía hablarse entre los católicos de Alemania sobre la posibilidad de que la misa podría celebrarse en la lengua vernácula. Si se considera que en sus días la victoria de la Reforma estaba relacionada con que los hombres podían tener la misa en su lengua materna, en-

tonces se comprende el alcance de la reforma litúrgica introducida por el concilio. Al mismo tiempo se comprende qué sacrificio ofreció la iglesia al renunciar a la misa latina. Pues esta misa, no obstante todas sus limitaciones, era con todo uno de los frutos más maduros de la antigüedad eclesiástica, una de las más grandes obras de arte litúrgico si uno quiere formularlo así. . . Es cierto que el latín se conservará en las solemnes misas pontificiales, pero dentro de no mucho tiempo también esto se acabará, y sobrevivirá como la maravillosa liturgia española antigua (mozárabe) que todavía hoy día lleva una existencia pobre en una capilla lateral de la catedral de Toledo. Ahora se comprende la melancolía que respira el documento apostólico "Veterum Sapientia" de Juan XXIII, en el cual él exhorta a no descuidar las lenguas antiguas. Aun para muchos legos católicos esta reforma iba demasiado lejos. Varias veces ocurrió en Melbourne y París y seguramente también en otros lugares que al saludo del sacerdote: "El Señor sea con vosotros", se contestó ostentativamente con: "Et cum spiritu tuo". Pero el sacrificio de la historia se hace por causa del futuro de la iglesia, particularmente en África y Asia. ¡Qué valentía demuestra esta iglesia! ¡Cuánta fe en el poder del Espíritu Santo!

Este movimiento espiritual en el catolicismo es una reacción. Hay que mirar el Vaticano II sobre el fondo del primero. El 18 de julio de 1870, un día antes de estallar la guerra entre Francia y Alemania, el concilio se había reunido para una sesión solemne. Para ella bastaba la nave transversal derecha de la catedral de San Pedro como aula del concilio. En medio de una gran tormenta que durante horas azotaba a Roma, se hizo la votación sobre la "primera constitución de la Iglesia de Cristo", que contenía la doctrina del primado del Papa, su plena jurisdicción episcopal sobre la iglesia entera y la doctrina de su infalibilidad. 533 obispos votaron con "placet", dos con "non placet" mientras que la minoría de algo más de 50 obispos ya había partido con la autorización del Papa. Con los corazones doloridos se habían ido después de que habían fracasado todas las tentativas de corregir la constitución. Solamente una pequeña enmendación en el sentido de que el Papa no podría ejercer su oficio de magisterio sin la iglesia total habría bastado para conseguir la unanimidad. Pero ahora había sido promulgada la doctrina del poder pleno del papa en toda su rigidez inoportuna-

ble. Esto era la Iglesia Romana del siglo XIX, la cual en el sílabo de 1864 había declarado la guerra inexorable no solamente a las herejías sino también a las instituciones estatales del mundo moderno y que ahora completó la contrarreforma imposibilitando no solamente todo acercamiento a las iglesias de la Reforma, sino también toda unión con la iglesia oriental. El 20 de setiembre de 1870 Roma fue ocupada por las tropas italianas. Los Estados de la Iglesia fueron incorporados al reino de Italia del que Roma llegó a ser su capital, y el Papa vivía en su cautiverio en el Vaticano. La Iglesia Católica del occidente se había retirado al ghetto.

III

Librar al Papa de "su prisión en el Vaticano", a la iglesia del ghetto y darle el papel dirigente en el mundo moderno que había desempeñado en los siglos pasados, esto debía ser la meta de los sucesores de Pío IX. Ya León XIII comenzó esta obra, pero ésta se malogró por el comienzo de la controversia modernística, la cual llevó a la Iglesia aún más profundamente a la reacción. El modernismo era en cierto modo una anticipación de aquello que quiso conseguir el segundo Concilio Vaticano, la tentativa de una reconciliación del catolicismo con el mundo moderno, de la teología católica con la ciencia moderna. Ella debía fracasar porque el tiempo todavía no estaba maduro para la solución de esta tarea difícil. Esto se evidenció cuando los dirigentes modernistas capitularon frente al mundo renunciando más o menos al dogma católico. La controversia que sacudió a la iglesia hasta sus fundamentos y de la cual fueron víctimas muchos de sus mejores hombres, entre ellos un católico tan intachable como el apologeta de Wuerzburg Hermann Schell, el cual en 1897 con su libro "el catolicismo como principio del progreso" había delineado para el catolicismo del siglo XX su programa, profundizó el abismo entre la iglesia y el mundo moderno en tal forma que los mejores católicos jóvenes desespeararon del futuro de su iglesia. El prof. Paul Simón, quien murió después de la segunda guerra mundial como decano de la catedral de Paderborn, describió frecuentemente a sus amigos y discípulos la situación interior de la joven generación en el primer decenio de este siglo. Jóvenes académicos de todas las facultades se reunieron entonces en Maria Laach para discutir sus ideas.

El viejo abate a quien presentaron sus angustias, les dijo que él no los comprendía pero que había entre sus monjes uno que tendría comprensión para sus preocupaciones. Se trataba de Ildefons Herwegen, que más tarde se hizo abate, el gran fundador de la investigación moderna de la liturgia y del movimiento litúrgico en el catolicismo alemán, llevando a esta generación hacia donde late el corazón de la iglesia, a la liturgia, a la "ecclesia orans". Muchos de los teólogos mejores provenientes de los departamentos del exégesis y de la historia eclesiástica se dirigieron al área no tan peligrosa de la investigación de la liturgia, adquiriendo allí la capacidad de auténtica investigación histórica que más tarde redundó en provecho del estudio bíblico. El estudio bíblico mismo conservó a su gran líder, el dominicano Lagrange, el que había fundado un instituto bíblico en Jerusalén. Los académicos jóvenes, influidos profundamente por el movimiento de la juventud bajo la dirección de Romano Guardini, encontraron en el movimiento litúrgico la iglesia que buscaron y amaron. Y el movimiento litúrgico por su parte llevó al redescubrimiento de la Biblia que es el más grande libro litúrgico de la iglesia. Un desarrollo semejante se realizó en el área de la lengua francesa. En Roma, el trabajo de la comisión de la Biblia establecida en 1901 y del instituto bíblico papal fundado en 1909, después de haberse calmado la controversia modernística después de la muerte de Pío X. (1914), fue puesto siempre más al servicio de la investigación positiva de los problemas de las Sagradas Escrituras, particularmente después de que en 1930 el erudito de las ciencias bíblicas, el padre Agustín Bea, se encargó del rectorado del instituto bíblico al cual dirigió durante 19 años (antes había enseñado en la Gregoriana y en el estudio de su orden en la Gesú). La culminación de este trabajo en Roma fue la encíclica "Divino afflante Spiritu" de 1943, después del "Providentissimus Deus" de León XIII de 1893, y de "Spiritus Paraclitus" de Benedicto XV. en 1920, el año aniversario de San Jerónimo, la tercera de las grandes publicaciones referentes al problema de la Biblia, después del 1er. Concilio Vaticano. Si se la compara con las que la precedieron, se hace evidente en seguida su importancia. En ella Roma aceptó el método histórico-crítico de la investigación de la Biblia sin renunciar al dogma tridentino-vaticano de la inspiración de las Sagradas Escrituras.

IV

No es una casualidad que el líder del movimiento bíblico se hizo también el promotor de la causa ecuménica en la Iglesia Romana. Como toda la ciencia, así también la ciencia de la Biblia es internacional e interconfesional. Pero para el jesuita alemán la investigación de la Biblia presenta todavía un otro problema. "Por las Sagradas Escrituras nuestros padres se separaron en otro tiempo, por ellas también se reunirán un día." El movimiento litúrgico, el movimiento bíblico y el movimiento ecuménico forman un todo. También en este sentido Roma debía ser librada del ghetto del primer Concilio Vaticano. En los primeros esfuerzos ecuménicos después de la primera guerra mundial, Roma no se mostró interesada, a lo sumo en tanto que estos esfuerzos parecían indicar que los cristianos separados de Roma ansiaban volver a la "Iglesia Madre". La encíclica conmovedora del Patriarcado Ecuménico de 1920, la cual en vista de la catástrofe de la iglesia oriental propuso una federación de todas las iglesias según el modelo de la Sociedad de las Naciones, no encontró ningún eco en Roma. Lo mismo ocurrió con las invitaciones para la conferencia mundial por la fe y la constitución de la iglesia y otras proclamaciones ecuménicas del occidente. A lo sumo Roma estaba interesada en la iniciación de relaciones diplomáticas con los estados, pero no en el enlace o las relaciones con otras iglesias. Si en aquel entonces a uno de los diplomáticos oficiales, el arzobispo Roncalli, le comenzó a latir su corazón por los hermanos de la iglesia oriental, esto era su asunto privado y no tenía nada que ver con su oficio. Lo político también desempeñó su papel en los años cuando la relación imposible con el reino de Italia requería urgentemente una solución que al final se alcanzó en los tratados de Letrán por el elevado precio de la alianza con el estado fascista. Solamente en las crisis a partir del año treinta y en la catástrofe de la segunda guerra mundial, Roma alcanzó madurez para las ideas ecuménicas. No es una coincidencia que esto sucedió primeramente en aquellos países donde se aprendieron a conocer en los campos de concentración las víctimas de Hitler de entre todas las iglesias, y donde murieron los mártires de todas las confesiones. Los países que fueron los campos de batalla de la segunda guerra mundial, son la patria de la idea

ecuménica en la Iglesia Católica: Alemania, los Países Bajos, Bélgica, Francia. Lo que comenzó en la esfera privada, acontecía ahora en las iglesias católicas de estos países y paso a paso fue tolerado y aceptado por Roma. Cuando después de la guerra se entablaron en Alemania bajo autorización y dirección obisupal los primeros diálogos oficiales entre teólogos evangélicos y católicos, una de las condiciones era que no se pronunciara ninguna oración común. Aun la oración de mesa la rezaba cada uno silenciosamente para sí. Un día el decano de una facultad católica prestigiosa no pudo aguantarlo más y dijo la oración de mesa en voz alta. Poco después le fue comunicado por la autoridad competente que todo lo emprendido se acabaría si esto se repitiese una vez más. Algo más tarde se permitió que se rezara el Padrenuestro o una oración aprobada por la Iglesia. Ya desde hace muchos años se ventila una profunda examinación de la cuestión respecto de la ratio legis (razón de la ley) de las disposiciones del derecho canónico que prohíbe la *communicatio in sacris*: ¿es la prohibición de tal comunión con cismáticos y herejes ley divina? —entonces no podrá ser cambiada— ¿o se trata de una ley que fue promulgada por la Iglesia y que entonces podrá ser modificada? Tales consideraciones son de importancia especial para las cuestiones de límites entre la iglesia Romana y las iglesias orientales. Más allá, sin embargo, estos estudios ya preparan las disposiciones jurídicas también para la relación con los protestantes. Pero detrás de esto está el cambio profundo en las almas de los cristianos católicos, los cuales ya no se dan por satisfechas con la antigua respuesta ingenua de la pregunta de qué significa la afirmación de que fuera de la iglesia no hay ninguna salvación.

H. Sasse

Trad. F. L.
(continuará)